

418/65
Lección II
Universalidad de la Moral
Jesús Rodríguez Escamilla

LECCION II

UNIVERSALIDAD DE LA MORAL

Universalidad de las nociones morales. — Progreso de la Moral. — La intención moral. — Causa del progreso de la Moral. — Variaciones de la Moral. — Unidad moral del género humano. — La Moral entre los salvajes. — La Moral entre los indios. — Confucio y la Moral china. — Mencio, discípulo de Confucio. — La Moral entre los griegos. — El estoicismo. — La Moral de Epicuro. — Cicerón y Bossuet. — La filosofía moderna. — Conclusión.

Universalidad de las nociones morales. — Hay, al principio de un curso de Moral, un gran interés en comprobar el acuerdo general de todas las conciencias humanas; en probar por la historia que todas las filosofías, como todas las religiones, han aspirado, á pesar de diferencias inevitables, á un ideal común; en mostrar que en todos los tiempos y en todos los países, los pueblos civilizados han tenido creencias morales análogas, si no idénticas. ¡Qué autoridad no inspiran las verdades morales cuando han sido seguidas por un gran cortejo de filósofos y de pensadores, que las han proclamado como suyas, produciendo, unos después de otros, preceptos análogos, preceptos y máximas que encontramos, tanto en los labios de Confucio y de Sócrates, como de Cicerón y de Bossuet*, como de Aristóteles y de Kant!

Progreso de la Moral. — No pueden desconocerse los progresos de la Moral: las costumbres han progresado seguramente, como teoría y también como práctica. Por una parte se conoce mejor lo que hay que hacer para conformarse á la ley moral; por la otra, este conocimiento más exacto de los deberes,

encuentra voluntades más fuertes que poner en obra. Hoy hay más ciencia moral y más virtudes prácticas en el mundo, que hace dos mil años.

La intención moral. — Bien sé que ciertos filósofos han pretendido lo contrario distinguiendo, la intención moral de la moral efectiva. En todo tiempo, dicen ellos, los hombres han aspirado igualmente á hacer el bien, cualesquiera que fuesen los errores de su juicio, las aberraciones de su conducta. Si obraban mal, lo hacían sin saberlo, pues su conciencia no estaba suficientemente esclarecida con respecto á sus deberes. Ahora bien, lo que importa es la intención, el deseo de hacer el bien, aun cuando uno se engañe sobre la naturaleza del bien; y en todas las épocas de la humanidad ha habido en las conciencias la misma suma, poco más ó menos, de buenas intenciones morales.

Reconocemos voluntariamente que es necesario tener en cuenta, cuando se juzga moralmente á los hombres, su ignorancia, la inferioridad de su espíritu. Si la buena voluntad ha existido, si la intención ha sido recta y pura, el agente puede aparecer inocente, aunque haya cometido una falta.

Pero además de que la intención no es sino un elemento de la moralidad, es evidente que se acrecienta, que se fortifica también, á medida que se desenvuelve el conocimiento exacto del bien. En una conciencia ignorante, que no sabe definir por sí misma sus diferentes deberes, la buena voluntad está necesariamente limitada, circunscrita en la estrecha esfera de obligaciones que ella conoce. Por lo demás, esta conciencia es débil y vacitante.

En una conciencia cultivada, al contrario, la energía de la intención, además de ser más fuerte en cada caso en que se manifiesta, tiene la ventaja de extenderse á mayor número de actos, de abrazar un dominio más vasto. Los progresos de la inteligencia

moral traen, por consecuencia, progresos correspondientes en la intención y en la buena voluntad.

Causa del progreso de la Moral. — La causa inicial del progreso de la ciencia que estudiamos, es, pues, el desenvolvimiento de la instrucción moral que, á una concepción confusa y vaga del bien y del deber, substituye poco á poco una teoría razonada de los principios morales y una clasificación metódica de los deberes.

No es gran maravilla, decía Leibnitz *, si los hombres no se aperciben siempre, y desde luego, de todo lo que ellos poseen en sí mismos y no leen prontamente los caracteres de la ley natural. Dios ha dado al hombre instintos que le llevan de pronto, y sin ningún razonamiento, á hacer algunas de las cosas que la razón ordena. Del mismo modo, nosotros caminamos siguiendo las leyes de la mecánica sin pensar en estas leyes.

Á la reflexión pertenece analizar estos instintos de que nos habla Leibnitz, estas tendencias naturales que, no por tener necesidad de cultura, de acción educadora, son menos innatas y espontáneas.

Variaciones de la Moral. — Las observaciones que preceden bastan para hacer comprender por qué las costumbres humanas presentan de siglo en siglo una verdadera diversidad. « No hay práctica mala, decía Leibnitz, que no haya sido autorizada en parte ó de algún modo. »

Todos los moralistas han insistido sobre estas contradicciones aparentes de la conciencia humana. Recordemos algunos ejemplos :

Durante la Edad Media, parecía justo y bien hecho para muchos, que los viajeros fuesen robados en los caminos reales, siempre que los asaltantes portaran espada, lo que era una señal del gentilhombre.

Felipe II de España, que vivió en el siglo XVI hizo degollar y quemar millares y millares de personas de los Países Bajos, y aun creyó que esto era cumplir un deber solemne. El tribunal

de la Inquisición ha diezmado los Estados católicos mediante crímenes abominables que tomaban los bellos nombres de justicia y de gracia (1).

La esclavitud misma, afrentosa hoy para la conciencia universal, ha sido aceptada sin discusión por algunos de los más grandes filósofos de la antigüedad.

El padre de familia, en Roma, tenía sobre sus hijos el derecho de vida y muerte....

Sería fácil multiplicar los ejemplos de las variaciones de la moral; pero estas variaciones no pueden admirar á nadie que haya reflexionado en las condiciones de la moralidad, en la perfectibilidad de la conciencia, en la necesidad de una educación moral. Lo más importante es mostrar que, á pesar de cambios incesantes, la historia nos señala, en los hombres de todos los tiempos y de todos los países, vestigios de moralidad.

Unidad moral del género humano. — Es posible establecer, por una parte, que entre los pueblos salvajes, absolutamente extraños á toda cultura, hay ya un principio de moral. Por la otra, la historia demuestra que, entre los pueblos civilizados, la conciencia ha llegado á casi las mismas manifestaciones. Del mismo modo que no existe un terreno tan estéril que no produzca ninguna vegetación, así también no hay conciencia tan pobre, tan oscura, que no tenga alguna idea del deber y de la virtud. Y de la misma manera que en cierta altitud, sobre las montañas del Asia, como sobre las de Europa, florecen las mismas plantas y crecen los mismos vegetales, así también las inteligencias humanas, cuando se elevan á cierto grado de educación, se ponen espontáneamente de

(1) Pequeño « Tratado de moral » para el uso de las escuelas primarias laicas, publicado por la « Crítica filosófica ». París, 1879.

acuerdo con respecto á las mismas afirmaciones morales.

Estos dos hechos son una respuesta perentoria á la objeción de aquellos que niegan la unidad moral del género humano, objeción que puede resumirse en dos proposiciones, como de hecho lo hace notar M. P. Janet : « Entre los pueblos salvajes, nada de moralidad ; entre los pueblos civilizados, moralidad contradictoria (1). »

La moral entre los salvajes. — No sorprendemos á nadie confesando que las costumbres entre los salvajes, son, muy á menudo, las más groseras y depravadas. Abundan las relaciones que atestiguan la perversidad de sus sentimientos, las aberraciones de su conciencia. Pero numerosos testimonios comprueban, también, que si ellos no conocen, tanto como es necesario, todas las virtudes, por lo menos respetan y practican algunas; que su sentido moral existe en algún grado, aunque incierto y oscuro. Desde luego es fácil comprobar que entre los salvajes, como entre nosotros, las opiniones valen, á menudo, más que las costumbres. Mungo-Park*, (viajero escocés, nacido en 1771, que murió asesinado en Africa, en una fecha desconocida) cuenta que los negros del Africa central, lo despojaban y lo robaban sin cesar. Y agrega : « A este respecto no hay ningún medio de justificarlos, pues ellos mismos miran el robo como un crimen, y es raro que se hagan culpables de él los unos para con los otros. »

En otros casos el salvaje muestra que no sólo está en estado de concebir el bien, sino también que tiene la fuerza necesaria para practicarlo. El respeto á la palabra dada, la sinceridad, se honran mucho entre los australianos. « El salvaje australiano, dice un viajero inglés, M. Marcet, no respeta sino una cosa,

(1) M. P. Janet, « La Moral », pág. 396.

su palabra. » Los Santes, tribu bárbara de la India, son, entre todos los hombres, los más verídicos, según el testimonio de otro inglés, el mayor Jervis.

Cierto número de prisioneros, hechos durante la insurrección de los Santes, fueron enviados, bajo su palabra, á otra región, y autorizados para trabajar mediante salario. Al cabo de cierto tiempo, el cólera estalló entre ellos y los obligó á huir; pero todos, sin excepción, devolvieron á sus guardianes el salario recibido. Así, doscientos salvajes, con dinero en sus fajas, caminaron treinta millas para volver á su prisión, antes que faltar á la palabra dada.

Y no es solamente en la práctica de los deberes de justicia, sino también en los de beneficencia y bondad, en donde se manifiesta la conciencia moral de los salvajes. « Yo he visto, dice Livingstone*, hombres y mujeres, recoger huérfanos y educarlos como si fueran sus propios hijos. » — « Se oye repetir á menudo, dice, además Mungo-Park, estas palabras conmovedoras: Hiéreme, pero no insultes á mi madre. »

Así es cómo, en el estado natural, se aproxima el hombre ya, al menos por algunos impulsos del corazón, por algunos destellos de su inteligencia, á la moral más elevada.

Cada vez que he interrogado á Bakuinos inteligentes, escribe Livingstone, sobre las nociones que tenían, antes de nuestra llegada, con respecto al bien y al mal, se me ha afirmado que ellos condenaban igualmente todo lo que nosotros llamamos un pecado, con excepción de tener varias mujeres.

La Moral entre los Indios. — Del mismo modo que se descubre, en esencia, un fondo de moral entre los pueblos más incultos é ignorantes, en los rincones más escondidos del mundo actual, así también elevándonos hasta la más remota antigüedad, se comprueba que todas las grandes civilizaciones han proclamado, poco más ó menos, los mismos principios morales.

La India tuvo su decálogo. Las leyes de Manú* recomiendan la resignación, devolver bien por mal, la temperancia, la probidad, la pureza, la represión de los malos impulsos, el conocimiento de los libros sagrados, el conocimiento de Dios, y prohíben la violencia, el intento de perjudicar en secreto, la envidia, la calumnia, el robo, la injuria, etc.

Con sobresalientes rasgos el moralista indo describe la conciencia moral.

El alma es su propio testigo: no depreciéis jamás vuestra alma. Los malvados dicen: ¡Nadie nos ve! Pero los dioses los miran, así como el espíritu que está en ellos. ¡Oh hombre! Mientras que dices: Yo estoy completamente solo, en tu corazón reside sin cesar este espíritu supremo, observador atento del bien y del mal; este espíritu que toma asiento en tu corazón, que es un severo juez, un poder inflexible: este es un Dios (1).

Profundamente imbuída en la religión, la moral india, quiere por lo mismo que « el sabio observe los deberes morales con más atención aún que los deberes piadosos, » y en la enumeración de estos deberes morales, se iguala á la moral del Evangelio.

Aquel que es dulce y paciente, obtendrá el cielo por la caridad. — Uno no debe jamás dañar á otro, ni aun tener tal pensamiento. — El marido no forma, con su esposa, más que una sola y misma persona. — Aquel que tiene el hábito de saludar á los ancianos, y de atestiguarles su respeto, ve aumentar la duración de su existencia. — Que el joven haga constantemente lo que plazca á sus padres: este es el primer deber, todo lo demás es secundario. — Un maestro es la imagen del sér divino.

Los Indios no son el solo pueblo del Oriente que haya concebido un alto ideal de la vida humana. Los Persas, los Egipcios, han tenido también su moral. La religión de Zoroastro* estaba fundada, precisamente, en la distinción del bien y del mal, personali-

(1) Leyes de Manú, VIII, 91.

ficados en dos divinidades, *Ormuzd*, el dios de la luz, y *Ahriman*, el dios de las tinieblas. Pero no entra en nuestro programa, trazar aquí un cuadro completo de las doctrinas morales. Atengámonos solamente á los puntos esenciales, á las escuelas de moral particularmente brillantes y que han trazado un surco en la historia. A este número pertenece la escuela china de Confucio.

Confucio y la moral china. — Confucio nació el año 551 A. de J., y su moral, de 25 siglos de edad, está de acuerdo, sin embargo, en casi todos los puntos esenciales con la moral que profesamos hoy. Confucio afirma, como nosotros, que hay una ley del deber, que puede definirse, como Kant, diciendo que ella « es por sí misma la ley del deber. » Añade que la ley de nuestras acciones es de tal modo obligatoria, que no puede uno apartarse de ella ni un solo punto, ni un solo instante, y que es tan extensa que puede aplicarse á todas las acciones humanas.

Idéntico acuerdo existe en lo que concierne á la moral práctica. Confucio estimaba que las virtudes morales son superiores á las prácticas religiosas: « Las leyes rituales », decía, son secundarias. » Se le preguntaba un día que cuál era la virtud esencial, y el filósofo respondió: *amar á los hombres*, y añadía: « Es necesario amar á los hombres con toda la fuerza y extensión de nuestras afecciones. » — « El hombre superior ó el virtuoso, es aquel que tiene una benevolencia igual para todos. » — « Que el sabio mire como á hermanos suyos á todos los hombres que habitan en el interior de los cuatro mares. »

Aun las exageraciones del misticismo cristiano se encuentran en las máximas de Confucio: « Comer un poco de arroz, beber agua, no tener sino el brazo encorvado para apoyar la cabeza, es un estado que tiene también su dulzura. » Pero nada hay que objetar á pensamientos como este: « Ser rico y hon-

1020052085

rado, por medios inicuos, es para mí como la nube flotante que pasa. »

Mencio, discípulo de Confucio. — La doctrina de la fraternidad universal, esbozada ya en la moral de Confucio, toma su completa expresión en los libros de Mencio, uno de sus discípulos (que murió por el año 314 A. de J.) Estas son ya las propias palabras del Evangelio:

La doctrina de nuestro maestro consiste únicamente en tener la rectitud del corazón y en amar á su prójimo como á sí mismo. Obrar para con los otros, como quisiéramos que ellos obrasen para con nosotros mismos, he aquí la doctrina de la humanidad. La norma de la vida es la reciprocidad.

Y cosa notable, Mencio defiende ya la causa de la enseñanza moral, como lo haría un escritor moderno. Pide que se comience por penetrar, por profundizar los principios de acción; hecho esto, los conocimientos morales llegarán necesariamente á su último grado de perfección: por consiguiente, las intenciones se vuelven puras y sinceras; y más todavía, el alma se penetra de probidad y de rectitud, y la persona, en fin, se corrige y mejora. Afirmaba también la universalidad de la Moral, cuando decía: « Hay un mismo corazón en todos los hombres, como hay un mismo sentido para los colores; siendo común al corazón de todos los hombres la equidad! »

La moral entre los griegos. — Franqueemos algunos siglos, transportándonos á Grecia durante la brillante época en que, por las artes, por las letras, había llegado Atenas casi á la perfección. Las ideas morales de Sócrates, de Platón, de Aristóteles, no son indignas de figurar entre las obras maestras literarias ó artísticas del siglo de Pericles*. Algunas cortas citas bastarán para probarlo:

Para el hombre bueno, decía Platón, es aún mejor sufrir una injusticia que cometerla. — El que es castigado, rescata su alma del mal. La injusticia sin castigo es el primero y el

165832

más grande de todos los males. — La bondad es la salud del alma; una y otra son un equilibrio y una armonía. El bien en todas las cosas es el orden. — El hombre es responsable de su elección, y Dios no interviene en ella.

El hombre virtuoso y la virtud, decía Aristóteles, son la norma de todas las cosas, y agregaba:

Es necesario que el que obra se halle, en el momento de obrar, en ciertas disposiciones morales: 1.^a que sepa lo que hace; 2.^a que lo quiera, y que quiera los actos que lleva á cabo por los actos mismos y no como medios para otra cosa; 3.^a y última, que obre con la resolución inquebrantable de no obrar jamás de otro modo.

La justicia y la amistad, según Aristóteles, deben reglamentar todas las relaciones de los hombres. « ¡Qué cosa más bella que la justicia! exclama. Ni el astro de la tarde, ni la estrella de la mañana inspiran tanto respeto. Ella puede ser definida como el bien de otro. » — En cuanto á la amistad, consistiría, según él, « mejor en amar que en ser amado. »

Los estoicos. — La moral era una ciencia tan cultivada entre los antiguos, que se cuentan entre los filósofos griegos y romanos, más de doscientas definiciones del soberano bien, es decir, del bien superior á todos los otros, digno de ser propuesto como fin de la humanidad. Esta diversidad prueba, sin duda alguna, las indecisiones de la conciencia y la necesidad que tiene de ser esclarecida y guiada; pero ella atestigua también la enérgica aspiración moral del género humano en todos los tiempos.

La admirable secta de los estoicos fué la que, en la antigüedad, se elevó á mayor altura en la concepción del ideal moral. Zenón*, Crisipo*, Cleanto*, definieron más netamente aún que Platón y que Aristóteles, la idea de una ley natural de justicia. Crisipo decía:

La ley es la reina de todas las cosas, divinas y humanas, el árbitro del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. Ella ordena lo que debe hacerse, y prohíbe lo contrario!

Y añade:

Esta ley es la recta razón: ahora bien, todos los hombres poseen la razón, que es una en esencia; luego todos los hombres son capaces de conocer la ley, y la misma ley.

En la moral práctica no son menos admirables los estoicos. « No vengarse de un enemigo, dice Plutarco*, es humano; pero tener compasión de él y socorrerlo, es bondad. » — « Es un deber, decía Séneca*, dar limosna á un mendigo, tender la mano á los caídos. » — « No es preciso volver mal por mal, » decía Epicteto*. — Está en la naturaleza del hombre hacer el bien y ayudar á los demás. — ¿El mal no ha sido, pues, para Sócrates? — No, sino para sus jueces y sus acusadores. » Y Marco-Aurelio* dijo: « La mejor manera de vengarse, es no parecerse á los malvados. — Lo propio de un hombre, es amar á aquellos mismos que lo han ofendido. »

La moral de los últimos estoicos, de Séneca, notablemente, fué tan pura y tan elevada, que doctores cristianos han pretendido, sin probarlo, por otra parte, que había sido inspirada por San Pablo*.

La moral de Epicuro. — Aun los filósofos que, como Epicuro*, rebajaron los principios morales y pretendieron dar rienda suelta á todas las pasiones, proponiendo como fin de la vida, no el bien sino el placer, han atestiguado, á su manera, la universalidad de la moral. Epicuro, á pesar de la indulgencia aparente de sus máximas, á pesar de su complacencia por la voluptuosidad, ha sido el más sobrio, el más sosegado, el más virtuoso de los hombres. Su biógrafo, Diógenes Laercio*, cuenta de él que daba á todo el mundo muestras de honradez y de benevolencia. Su piedad hacia los dioses, y su amor por la patria, no se desmintieron jamás. Su frugalidad era extraordinaria. « Lo estrictamente necesario, decía, debe bastar para la felicidad del virtuoso; con pan

de cebada y un poco de agua, se puede ser tan feliz como Júpiter.»

Cicerón y Bossuet. — Cicerón, en su *Tratado de los deberes*, distinguía cuatro virtudes esenciales: la prudencia, la justicia, la fortaleza, y la templanza. Bossuet, en el *Conocimiento de Dios y de uno mismo*, hace la misma clasificación, que en nuestro siglo ha servido aún de tema para un gran número de estudios morales, principalmente á un sermón del padre Lacordaire*.

Así es cómo en los detalles mismos de la moral práctica, en la enumeración de las virtudes, la conciencia moderna y cristiana, se encuentra con la ciencia antigua.

La Filosofía moderna. — La Filosofía moderna, á pesar de la multiplicidad de sus sistemas morales, manifiesta también esta doble verdad: que la razón concibe por sí misma las nociones morales, y que estas nociones se esclarecen con los progresos constantes de la reflexión y de la ciencia. « La bondad moral del hombre es, dice Condorcet*, como todas las otras facultades, susceptible de un perfeccionamiento indefinido. »

Conclusión. → La historia de la moral, que apenas hemos esbozado, confirmará, á los ojos de todos aquellos que la profundicen, la existencia de un ideal moral entrevisto en todos los tiempos por los hombres, pero más y más analizado y definido por las investigaciones de los filósofos. Las nociones morales no son, pues, ilusiones pasajeras, condenadas á evaporarse con la juventud de la humanidad, sueños de metafísicos ó invenciones de los legisladores, sino realidades eternas de la conciencia humana. Hay, como decían los antiguos, una ley moral natural, « que no es una en Roma y otra en Atenas », según la expresión de Cicerón; una ley no escrita, decía el poeta Sófocles*, que no es ni de hoy ni de ayer, pero

que se impone á todos y se extiende tan lejos, como la bóveda infinita de los cielos y la superficie inmensa de la tierra! La ley moral no es la que varía, sino el conocimiento más ó menos adecuado* de la misma.

RESUMEN

13. Antes de interrogar á la conciencia misma, conviene establecer, por la historia, que se reconocen en todos los hombres vestigios de moralidad y un **fondo común** de creencias morales.

14. La historia de las costumbres presenta ciertamente una gran diversidad y un progreso continuo; esta diversidad y este progreso dependen del grado de cultura que la conciencia moral ha alcanzado en cada siglo.

15. Las variaciones de la moral y las contradicciones de los moralistas nada prueban contra la **unidad moral** del género humano.

16. La **Conciencia moral** es á la par **innata** y **perfectible**.

17. Puede afirmarse, al mismo tiempo, que hay cierta moralidad entre los salvajes más atrasados, y poco más ó menos las mismas afirmaciones morales en todos los pueblos civilizados.

18. Según el testimonio de los viajeros, las hordas salvajes distinguen, aunque confusamente, el **bien del mal**; y conocen y practican algunas virtudes.

19. Entre los pueblos de Oriente, Indos y Chinos, se encuentran las máximas morales más elevadas.

20. La **filosofía griega** ha definido con exactitud el bien, como el **orden en todas las cosas**, y las principales virtudes, que Aristóteles reducía á la **justicia** y á la **amistad**.

21. Los **Estoicos** afirmaron la existencia de una ley de **justicia natural**, fundada en la razón y conocida por todos los hombres.

22. La moral práctica de los últimos Estoicos fué tan pura, que se ha pretendido que ella había sido directamente inspirada por el Cristianismo.

23. Los mismos filósofos que como **Epicuro** proponían por fin á las acciones humanas, no el bien, sino el **placer**, han dado testimonio, por su vida virtuosa, de la existencia de una moral natural.

24. La historia de la filosofía moral tiende á establecer la **realidad de las nociones morales.**

LECTURAS

La ley moral universal

No hay más que una moral, del mismo modo que no hay más que una geometría. Pero, se dirá, la mayor parte de los hombres ignora la geometría. Sí, pero desde el momento mismo en que nos dedicamos un poco á estudiarla, estamos todos de acuerdo con respecto á ella.

Los agricultores, los obreros, los artistas no han hecho cursos de moral; no han leído ni el libro *De finibus* de Cicerón, ni las *Éticas* de Aristóteles; pero tan pronto como pongan en ejercicio su inteligencia, serán, sin saberlo, discípulos de Cicerón: el tintorero indio; el pastor tártaro, el marinero inglés conocen lo justo y lo injusto. Confucio no inventó un sistema de moral, como si se tratara de inventar un sistema de física; él lo encontró formado en el corazón de todos los hombres. La moral no está en la superstición ni tampoco en las ceremonias; no tiene nada de común con los dogmas. No puede repetirse lo bastante que todos los dogmas son diferentes, y que la moral es la misma entre todos los hombres que hacen uso de su razón. La moral viene, pues, de Dios, como la luz. (Voltaire, *Diccionario filosófico*, artículo Moral).

La ley natural

Existe una ley conforme á la naturaleza, común á todos los hombres, razonable y eterna, que nos ordena la verdad y nos prohíbe la injusticia. Esta ley no es de aquellas que sea permitido infringir y eludir, ó que pueda ser anulada.

Ni el pueblo ni los magistrados pueden desligarnos de las obligaciones que ella nos impone. No es una en Roma y otra en Atenas, ni es distinta hoy de lo que será mañana: universal, inflexible, siempre la misma en todas las naciones y en todos los siglos..... Esta ley no puede ser anulada por otras leyes..... Ella, en fin, no tiene necesidad del auxilio de un intérprete que la explique ó comente á nuestro espíritu. (Cicerón, *De las leyes*, II; *De la República*, III).

LECTURAS RECOMENDADAS

M. P. Janet, *La Moral*, Lib. 3º Cap. 4º : *Universalidad de los principios morales.* — *Historia de la ciencia política en sus relaciones con la moral.*

M. Bouillier, *Moral y progreso.*